

# ESTAMPAS DE SEMANA SANTA

## Temas de Reflexión

### Jueves Santo

El Jueves Santo es la celebración que recuerda la última Cena de Jesús (la Eucaristía), su agonía en el Getsemani y su arresto y abandono de sus discípulos.

En la Eucaristía, que suele celebrarse por la tarde, la iglesia propone a sus fieles un tiempo de adoración ante el Santísimo Sacramento, para que puedan orar y adorar a Cristo, que más tarde será arrestado, juzgado y crucificado antes de resucitar la mañana de Pascua.

No era una cena cualquiera. Era la noche de la cena de la Pascua, el momento de recordar ritualmente la noche de la liberación. Y por eso, estaba todo estructurado. El día 10 del mes de Nisán, cada familia -o con los vecinos, si la familia era pequeña- debía procurarse un cordero o cabrito macho, sin defecto, con cuya sangre marcar las jambas y el dintel de la casa, tal y como hicieron los hijos de Israel en Egipto, asarlo al fuego y comerlo a toda prisa, acompañado del pan ácimo de la premura y las verduras amargas que iban a recordar el mal trago pasado en el desierto camino de la tierra prometida.

Una cena en la que representar, comiendo de pie, preparados para salir, con las ropas y las sandalias para el camino, aquella última cena en Egipto huyendo de las tropas del Faraón.

Jesús lo sabía. La había celebrado otras treinta y tantas veces. Pero aquella cena era especial; era la cena de despedida de sus amigos. Y por eso, no escatimó en romper moldes y dejar grabadas ciertas imágenes en el corazón de los que le acompañaban. Muchos detalles nos informan de ello.

Por ejemplo, quiénes eran sus invitados. Normalmente



aquella debía haber sido una noche en familia, una noche en la que reunirse con padres, hermanos, primos, parientes... para comer con ellos el cordero de la Pascua. Jesús rompió esquemas y se puso a cenar con sus amigos, con esas personas que tantas cosas habían compartido los tres últimos años junto a El. Dicen que también allí en aquel cenáculo estaban las mujeres: Jesús nunca las dejó al margen, siempre tuvo palabras para ellas y un hueco para tratarlas como lo que también son y otros les negaban: imagen de Dios con la misma dignidad que cualquiera de sus hijos; a muchos eso también les escandalizaba.

Quizás los más puritanos y estrictos cumplidores de la ley se sintiesen irritados de ver la falta de respeto de Jesús y sus amigos; cenaban postrados de tal forma que el evangelio de hoy nos indica que Jesús se levantó (incluso que incumplió la norma de estar con 'la cintura ceñida', quitándose el manto y ciñéndose una toalla), o que el

discípulo al que Jesús tanto quería tuviese la cabeza recostada en su pecho antes de preguntar al Maestro acerca de quién iba a ser el traidor

Es posible que otros se molestasen y llenen de "ira santa" al ver que Jesús no respetó lo que la Agadá de Pesaj indica como lo correcto en una noche así.

El caso es que Jesús sabía que debía romper moldes. Y debía hacerlo en primer lugar, para que aquella cena tuviese toda la fuerza que merecía: era un auténtico sacramental valioso no por el rito en sí, sino por ese valor de memorial y de actualización que siempre debe tener cualquier rito -de lo contrario, caemos en el mero cumplimiento y en la superstición incluso-. En adelante, cuando aquellos discípulos celebrasen la cena de la liberación deberían evocar la nueva liberación, la definitiva, la que iba a dejarles El.

Y por eso interrumpió Jesús la cena para dejarles impactados con la imagen del Maestro haciendo la labor del esclavo:

lavar los pies de los comensales. Uno a uno. Con esmero. Sin dejarse a nadie. Al amado y al traidor. Al impetuoso, al falta de fe, a los preocupados por querer ser más que los otros, a los inteligentes y a los torpes. Sin distinción: "Y Si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies... haced vosotros lo mismo".

Todo un signo para romper esquemas y poner en el centro lo que es fundamental: nuestro Dios no quiere otro sacrificio, otra ofrenda ni otro rito que el de amar. Con todas las consecuencias. En un mundo y una sociedad tan preocupados por cumplir preceptos pero tan vacíos a veces de compromiso por el otro, esa lección de amor que Jesús empezaba a dar en ese momento y que culminaría horas más tarde daba nuevo sentido a aquella cena, y hacía que, para siempre, recordarla con el signo sensible del pan y el vino fuera calificado como el "Sacramento del Amor".